CAPÍTULO III

De la claridad de conciencia que se ha de tener con el director espiritual. — Importancia y necesidad de esta claridad. Grandes bienes que trae consigo.

§ I

Los Padres antiguos, — dice Casiano, — mandaban que las personas que entrasen en el servicio de Dios descubrieran desde luego á los superiores sus tentaciones y malos pensamientos y todo lo que pasase en su alma, y nada más racional que tal disposición, porque teniendo los superiores que dirigir la conciencia de sus súbditos, debían conocerlos; y esto, ¿cómo conseguirlo si los súbditos no manifiestan su interior?» Por lo cual dijo el Sabio: «Quien encubre sus pecados no podrá ser dirigido [1]. » La Medicina no cura lo que no conoce; es por lo mismo indispensable manifestar todas las enfermedades del espíritu á nuestro director, que es el médico que Dios nos ha dado para curar nuestras almas. Sin esa manifestación, sus medicinas podrían acaso más bien dañarnos que sernos de provecho.

2. Cuanto más nos conociere el director espiritual, más acertada será su dirección. Conociendo en particular nuestras miserias, las inclinaciones que tenemos, las faltas cometidas y la mucha ó poca virtud que tengamos al presente, nos tratará con mayor cuidado y alejará de nosotros ciertos inconvenientes ó peligros que pudieran sernos muy funestos, los cuales no habrían llamado su atención si no hubiera tenido un conocimiento muy exacto y minucioso de nuestra conciencia. Tal conocimiento servirá también para que no nos mande sino aquello que podamos cumplir en provecho del alma, y para que tengan en cuenta al mandar, no sólo las circunstancias que acaso nos rodearen, sino principalmente las muy particulares y secretas de cada uno.

3. Una vez dada entera cuenta de nosotros mismos al director espiritual, si él en seguida nos manda alguna cosa, la cumpliremos llenos de paz y de consuelo; tengamos gran confianza en que Dios nos ha de ayudar y llevar felizmente en todas nuestras obras. Por el contrario, si no hemos revelado nuestro corazón con la sencillez y la sinceridad de un niño, ¿cómo no temer un peligro en lo mismo que se nos manda? Y las faltas y demás inconvenientes que ocurran en nuestra conducta, ¿cómo no atribuirlas á ese silencio tan perjudicial con que acaso ha sellado nuestros labios la vergüenza ó algún otro motivo nada honroso?

1 *Prov.*, XXVIII, 13.

§ II

4. Muchas son las ventajas que trae consigo la claridad de la conciencia; entre otras, notemos siquiera las siguientes: Es gran consuelo tener un amigo fiel á quien podamos descubrir enteramente nuestro corazón. El amigo fiel es una defensa poderosa; quien le halla, ha encontrado un tesoro. Nada hay comparable con el amigo fiel, ni hay peso de oro ni plata que sea digno de compararse con la sinceridad de su fe; él es un bálsamo de vida y de inmortalidad para nuestras almas [1]. Pues el director espiritual es ese fiel amigo, que está llamado á hacernos todo bien; lleno de celo por la gloria de Dios y la salvación de nuestras almas, hará todo esfuerzo por conducirnos al Señor, será para nosotros un padre amoroso, un hermano afable y compasivo; sus entrañas serán más tiernas que de madre; tomará sobre sí, como si fueran propias, nuestras miserias y dolencias. Pues he aquí ahora el consejo del Señor: « Si hallamos semejante amigo, acudamos á él, frecuentemos su casa, consultando y comunicando con él todos nuestros negocios [2]. » En él hallaremos

1 *Eccl.*, VI, 14, 16.
2 Idem, vers. 36.

el consuelo, el consejo y el remedio que necesitemos, como lo halla el enfermo al declarar sus dolencias al buen médico que lo ha de curar.

5. Si aun las artes mecánicas, tan humildes de por sí, no se aprenden con exactitud si no es siguiendo la dirección del maestro y sujetándose á la enseñanza, la ciencia del espíritu, tan elevada y oculta que, no sólo no se la ve con los ojos del cuerpo, sino que aun se escapa á los del alma cuando ésta no tiene una gran pureza y un fondo de rectitud muy grande, ¿ podremos aprenderla sin la enseñanza del director espiritual? Y las ventajas de tal enseñanza las conoceremos reflexionando sobre qué materias se nos ha de dar; la oración, el modo con que en ella nos debemos portar y el fruto que de ella hemos de sacar; el recogimiento de los sentidos, el asunto de la lección espiritual, nuestras tentaciones y cómo las habemos de resistir; el ejercicio de la obediencia, la humildad y las demás virtudes. Sin duda que con sólo saber que hemos de dar cuenta de lo dicho andaremos en todo con mayor diligencia y cuidado.

6. Otra gran ventaja que trae consigo la claridad de la conciencia, es la mayor facilidad para vencer las tentaciones; pues ya el demonio no pelea solamente con nosotros, tal vez inexpertos en los combates del espíritu, y de ordinario halagados por el placer, turbados por la niebla que produce en el alma la tentación, é in-

clinados á sucumbir bajo el peso de nuestra miseria. El director espiritual, fuera de todo riesgo, en el sosiego de la paz y con la luz del cielo, ve nuestros peligros, nos da la mano, y al mismo tiempo que nos inspira aliento y firmeza, ó nos sostiene para que no caigamos, ó nos levanta si acaso hemos caído. Pero si no le hemos confiado los secretos de nuestra alma con toda claridad y sencillez, si en realidad estamos solos con nosotros mismos, muy triste será nuestra suerte. « ¡ Ay del solo ! que no tiene quien le ayude para que no caiga, ni quien le dé la mano para levantarse [1]. »

7. San Macario se encontró una vez con el demonio, al cual preguntó cómo le iba con los monjes. El demonio le respondió que muy mal, pues que ellos descubrían todos sus pensamientos al superior; « pero uno de esos monjes, — añadió, — es grande amigo mío, lo tengo en mi mano y hago de él lo que quiero. » San Macario, informado del nombre de ese monje, pasó con él á examinar su conducta, y encontró que no daba cuenta de sus tentaciones al director espiritual ni se regía por lo que éste le mandaba. El Santo le exhortó á no fiarse de su propio juicio y á manifestar su conciencia con toda claridad. Y volviendo á ver al demonio, le preguntó cómo le iba entonces con aquel

1 *Eccl.*, IV, 10.

monje su amigo. « Ya no es mi amigo, — respondió el demonio, — sino mi enemigo. » Y en efecto, era ya su enemigo, pues declarando su conciencia al superior, éste lo llevaba con acierto por el buen camino.

8. Muy agradable es al Señor la humildad de aquel que revela al director sus tentaciones y caídas para obtener el remedio; y sucede muchas veces que basta tal declaración para que las tentaciones huyan de nosotros. « Id y presentaos á los sacerdotes, — dijo Jesucristo á los diez leprosos. » Y sucedió que antes de llegar á presentarse quedaron limpios. Así también suele acontecer que, estando resueltos á declarar nuestras tentaciones al director, el Señor premia nuestra humildad dándonos la paz de la conciencia y la victoria en los combates.

CAPÍTULO IV

Dificultades que ofrece la claridad de la conciencia. — Su resolución.

§ I

Muchas personas saben perfectamente los remedios que hay para combatir las tentaciones, lo mismo que conocen cuál debe ser la dirección de las almas en los diferentes grados de

virtud, y los medios que conviene emplear para volverlas al buen camino si de él se han extraviado. Tales personas, ¿por qué razón deben manifestar al director espiritual con toda claridad el estado de su conciencia? Porque ninguno es buen juez en sus propios negocios. Además, las tentaciones ciegan los ojos del alma, y ésta no atina con el remedio que entonces le conviene: ellas la enflaquecen é inclinan al pecado. En tales circunstancias, un consejo, una palabra del director, le vuelven la vista y son como rayos de luz que la iluminan, como una fuerza que la alienta y vigoriza, como un panal de miel que la llena de dulzura, y como anuncio, en fin, de vida y esperanza que la alegra y la inunda de consuelo.

2. Cuando San Doroteo quería manifestar al superior las tentaciones que le molestaban, le ocurría esta otra: « Ya sé lo que me ha de decir; ¿para qué molestar al superior? » Pero el Santo se indignaba contra su propio juicio, y decía: « Apártate de mí, Satanás; anatema y maldición sobre ti. » Luego iba con el superior para decirle todo lo que pasaba, y aquél tal vez le contestaba lo que el Santo había pensado, y con tal respuesta volvía la tentación. San Doroteo decía entonces: « Ahora es bueno el remedio, ahora es del Espíritu Santo; cuando salía de mí, era sospechoso y no podía yo tenerle por seguro. »

3. Tal vez las cosas que nos ocurren son de poca monta, y algún secreto amor propio nos está inclinando á callarlas, diciéndonos que es vergüenza ir al director no llevándole otra cosa. He aquí la respuesta á lo que hemos dicho: Tratamos de perfección, y por lo mismo no hay queaguardar que sea grave ni de obligación lo que tengamos que comunicar al director, sino que hemos de atender á lo que fuere mejor y más perfecto. Además, muchas veces las faltas no son tan leves; mas la vergüenza y repugnancia que sentimos en decirlas son las que quieren persuadirnos á que no son nada, y por lo mismo, la sola vergüenza y repugnancia deben bastarnos para desconfiar y hacernos entender que conviene decir aquellas faltas. Por lo demás, no olvidemos que está escrito: « Toda iniquidad cerrará su boca [1]. »

4. Las faltas pequeñas suelen aumentarse, y por lo mismo, mejor es manifestarlas desde el principio, pues entonces fácil es el remedio, y después acaso no lo sea.

5. Si acudimos con frecuencia al director, podremos cansarlo y llegar á fastidiarlo, y á fin de evitar este mal, sólo rara vez trataremos con él los negocios de nuestra alma. Este es un engaño que nos ciega y un agravio que hacemos á nuestro director, que animado del deseo de

---

1 Psalm. CVI, 42

nuestro bien espiritual no sólo habrá de llevar con paciencia, sino también con agrado, semejantes molestias, pues así lo pide la gloria del Señor y el bien de las almas que él dirige.

6. El abad Serapión, de joven era muy tentado de gula: todos los días después de la comida escondía un panecillo, que se comía él en la tarde sin que nadie lo supiese; pero después le remordía la conciencia por aquella falta, y, sin embargo, diariamente volvía á cometerla y no se atrevía á declararla al superior; cuando al fin lo hizo, salió de su seno como un fuego que llenó toda la celda de un hedor infernal y abominable; el abad Teonas, que era su superior, le dijo entonces: « El demonio ha huido de ti en virtud de tu confesión, pues no pudo sufrir que manifestasen sus enredos, y así no temas que venga otra vez á molestarte. » Lo cual así sucedió, pues ya nunca tuvo Serapión en toda su vida aquella molestia.

7. Muchas veces quisiéramos dejar de declararnos con el director espiritual por el trabajo y la dificultad que en esto sentimos; pero pongamos la mano en nuestra conciencia y conoceremos que al ocultar nuestras faltas son mayores las molestias que padecemos. ¡ Oh, cuántas congojas y remordimientos y sobresaltos nos afligen entonces !

§ II

8. La conciencia por una parte nos remuerde, y por otra el amor propio quiere acallar la voz de la conciencia; quisiéramos declararnos para tener descanso, y no nos determinamos porque la vergüenza nos detiene, la turbación nos atormenta y una penosa y triste inquietud se apodera de nosotros. ¿Queremos la paz y serenidad de la conciencia? Pues no seamos pusilánimes; rompamos nuestro funesto silencio declarando al director con sencillez y claridad todas nuestras faltas, y nos vendrán la luz, el descanso, el consuelo que habíamos perdido, y ya entonces no tendremos que decir estas palabras: « Por no haber confesado mi pecado, por una detestable vergüenza, vi aumentarse mi desdicha y consumirse mis huesos [1]. »

9. Si descubrimos nuestras faltas con toda claridad al director espiritual, perderemos el buen concepto que con él teníamos y ya no nos tratará con el cariño de antes. Con lo siguiente queda tal dificultad desvanecida. Perdemos nuestro buen concepto con el director, y en general con todos los superiores, cuando no procedemos con claridad y franqueza, porque en

1 Psalm. XXXI, 3.

tal caso sospecharán de nosotros muchas faltas, pues no saben si como encubrimos una culpa encubrimos otras. La claridad y franqueza, por el contrario, descubriendo humildad y vencimiento de nuestras pasiones, manifiestan que nada ocultamos en nuestro interior.

10. Cuando conoce el director que le hablamos con claridad sin ocultarle cosa alguna, descubre nuestro amor, sabe entonces que lo estimamos como á padre y que le tenemos en lugar de Dios, pues así nos entregamos en sus manos; esto le roba el corazón y le obliga á amarnos con especial afecto; mas si él observa nuestro silencio, ni podrá conocer aquel amor ni la estimación que de él hacemos, y esto sin duda resfriará su cariño.

11. Por grandes y vergonzosas que sean las tentaciones que nos acometen, no perderemos nuestro buen concepto con descubrirlas á quien es debido; porque está escrito: « Hijo, al entrar al servicio de Dios... prepara tu alma para la tentación [1]. » Así que no es extraño que vengan. No perderemos nada con descubrirle esas nuestras faltas, porque de hombres es caer; somos de barro, y el director conoce por sí mismo la humana flaqueza; él es lo mismo que nosotros, de una misma masa, ni tiene que espantarse por las ajenas faltas, sino,

1 *Eccl.*, II, 1.

al contrario, edificarse de la humildad que mostramos al descubrirlas. Y nuestro deseo de aprovechar y ser remediados debe inclinarlo hacia nosotros; pues si todos procuramos ayudar y consolar á cualquiera que sufre, aunque sea un extraño, ¿qué tendrá que hacer el padre espiritual tratándose del bien de sus hijos? Por lo demás, para evitar una vergüenza de funestas consecuencias recordemos estas palabras: Hay una confusión que trae consigo pecado, y ésta es la que nos hace ocultar nuestras faltas; y hay otra que trae consigo gracia y gloria, y ésta es aquella que nos hace decirlas [1].

12. El no declararnos con la debida franqueza es un triste indicio de no querer la enmienda, y revela muy poca humildad en nosotros; pues esta virtud no sólo hace que conozcamos nuestra vileza y nos tengamos en poco, sino además nos colma de alegría cuando los otros conocen lo que somos y nos desprecian.

13. Derrama tu corazón como el agua delante del Señor [2]. Esta comparación de los libros santos declara bien la manera con que debemos manifestar nuestra conciencia. Cuando se derrama un vaso de aceite ó de miel, algo se queda en el vaso; y si es de vino ó de

1 *Eccl.*, IV, 25.
2 Jer., II, 9.

vinagre, queda á lo menos el olor; mas no teniendo sino agua, no queda ni olor, ni sabor, ni cosa alguna. Pues de esta manera hemos de declararnos al director de nuestra conciencia, manifestando enteramente el alma, sin ocultar cosa alguna en que hayamos ofendido al Señor, y sobre todo los principales defectos, y no sólo lo presente, sino también lo pasado, para que así se nos conozca y gobierne con mejor acierto y quedemos nosotros con más tranquilidad.

TRATADO VI

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

CAPÍTULO PRIMERO

Debemos conformarnos con la voluntad de Dios.—Grandes bienes que hay en esto. — Medios que nos facilitan y hacen agradable esta conformidad. — Ejemplos.

§ I

JESUCRISTO descendió del cielo, no para hacer su voluntad, sino la del Padre, que lo envió. El mismo Jesucristo nos enseñó que pidiéramos al Padre que se hiciese su voluntad en la tierra como se hace en el cielo. Y en el Huerto dijo á su Padre: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.»

2. El ejemplo y la doctrina del divino Maestro, según estamos viendo, nos manifiestan que debemos conformar nuestra voluntad con la de Dios.

3. La perfección cristiana consiste en el amor de Dios; y cuanto más amemos al Señor, seremos más perfectos. Ahora bien: lo más